

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

LÓPEZ ONTIVEROS, Antonio y MOLINERO HERNANDO, Fernando (coords.): *From traditional countryside to postproductivism: recent trends in Rural Geography Research in Britain and Spain (Primer simposium de geógrafos rurales británicos y españoles. Leicester, 8-13 de septiembre de 1996)*. Ed. Asociación de Geógrafos Españoles. Grupo de trabajo en Geografía Rural. Madrid, 303 pp.

La publicación que se reseña contiene la mayor parte de las comunicaciones presentadas al I Simposio de Geógrafos Rurales Británicos y Españoles, celebrado en la Universidad de Leicester del 8 al 13 de septiembre de 1996, y se estructura en cinco partes, como son la investigación en Geografía Rural y Agraria (2 y 9 aportaciones), la investigación en Geografía de los Recursos Rurales (4 aportaciones), en Ocio Rural (dos contribuciones), en Geografía Social del Campo (otras dos) y en Desarrollo Rural (las últimas tres).

Así, tras una breve introducción de los coordinadores (profesores López Ontiveros y Molinero Hernando) para centrar el tema del encuentro, se suceden dos trabajos que analizan el desarrollo de la Geografía Rural en España y el Reino Unido en el último decenio, a cargo de la Dra. Roser Majoral (U. de Barcelona) y Dra. Keith H. Halfacree (U. de Swansea, Gales), respectivamente. A ambas investigadoras hay que agradecer el excelente compendio que presentan de las principales líneas de trabajo desarrolladas en el seno de la Geografía Rural española y británica respectivamente.

Al amparo de un exhaustivo manejo de fuentes bibliográficas, reuniones y coloquios, tesis doctorales, e informaciones facilitadas por socios del grupo de trabajo de Geografía Rural, la profesora Roser Majoral logra, con gran acierto y juicio crítico, sintetizar las líneas temáticas de mayor implantación en la Geografía Rural española. A las tradicionales (estructuras, paisajes, políticas agrarias) se unen otras líneas de trabajo desarrolladas en los últimos años (nuevos usos del espacio rural, Política Agraria Comunitaria y nuevos sistemas de explotación agrarios y ganaderos). Enfoque similar, aunque no tan elaborado y detallado, supone la aportación de la Dra. Keith H. Halfacree, quien también incluye como línea de trabajo dominante entre geógrafos británicos la progresiva urbanización del campo por fenómenos de expulsión urbana y de utilización creciente del medio rural como un espacio de ocio. Resalta el aumento de la conciencia ambiental de la sociedad británica y cómo ésta se traduce en un creciente interés por estos temas, se evidencia en el elevado número de títulos publicados, entre los que destaca del grupo investigador de Terry Marsden, fuertemente inspirado por la literatura económico-política de los Estados Unidos, y que desarrolla su tarea en cuestiones de política económica y reestructuración del espacio agrario. En cualquier caso, sí se advierte una diferencia apreciable entre la Geografía Rural

española y la británica, como es la mayor presencia en esta última de trabajos teóricos inspirados en enfoques filosóficos (postmodernismo) y economicistas (postproductivismo); sin desmerecer estos enfoques, en España, de forma afortunada, son todavía pocos los trabajos de Geografía Rural cuyo cometido es interpretar el espacio rural como resultado de lo abstracto.

El apartado de investigación en Geografía Agraria, se abre, precisamente, con una espléndida reflexión de los profesores Eugenio Baraja y Fernando Molinero sobre la repercusión que ha tenido la Política Agraria Comunitaria en los espacios rurales españoles, a través de la regulación de mercados (OCM) y de las actuaciones estructurales, con una valoración imbuida de gran espíritu crítico.

En cambio, la comunicación que sigue a esta última, constituye un claro ejemplo de temática alejada de los cometidos de la Geografía Rural. Así, en el trabajo de Holloway e Ilbery (U. de Coventry) se buscan los efectos que el calentamiento global del planeta, que se da por supuesto sin más análisis, tendría en los niveles de producción británicos de dos cultivos agrícolas: el *Pisum sativum* y el *Phaseolus vulgaris* (guisante y alubia, respectivamente).

La aportación del Dr. Piqueras Haba sobre la vid y el vino en España constituye una de las últimas revisiones geográficas sobre esta temática, tan cultivada por el autor. Los resultados, por tanto, son de gran interés, máxime cuando capta los profundos ajustes espaciales y estructurales que se están dando en la localización de los viñedos españoles. Este trabajo justificaría su inclusión en esta segunda ponencia si, además, incluyese un apartado que valorase el estado en que se encuentra esta línea de investigación en el seno de la Geografía Rural Española.

El objetivo primordial de la reunión de Leicester, de poner en común actividad investigadora, metodología, líneas de trabajo, etc., sí que se recoge en la mayoría de aportaciones españolas. Por ejemplo, una temática tan esencial en Geografía Rural como es el estudio de la tenencia de la tierra, se aborda con gran acierto y capacidad de síntesis por los doctores Mata Olmo y Naranjo Ramírez, quienes valoran, entre otros aspectos, la aportación de la Geografía española en estudios sobre la tenencia de la tierra como factor básico de configuración regional, la evolución contemporánea de las grandes y pequeñas propiedades rústicas, y la de los regímenes de tenencia de las explotaciones agrarias.

Planteamiento análogo al anterior, de gran solidez, y con manejo abundante de referencias bibliográficas caracteriza el trabajo del doctor Ruiz Urrestarazu (U. del País Vasco) sobre aportaciones de geógrafos españoles en las relaciones medio físico y agricultura. Igualmente, el doctor Morales Gil contribuye al *simposium* con un excelente trabajo sobre la agricultura de ciclo manipulado mediterránea, donde analiza además los enfoques de investigación adoptados por los geógrafos españoles en su valoración; asimismo, merece ser destacada la revisión bibliográfica sobre las montañas españolas realizada por los profesores de la Universidad de Zaragoza, Luisa María Frutos Mejías, M<sup>a</sup> Luz Hernández Navarro y Juan de la Riva Fernández, aunque en este último trabajo, el lector echará en falta que los autores no hayan seleccionado de las 685 referencias bibliográficas analizadas una selección cuidada de las más relevantes.

El papel que ha desempeñado la ganadería en los estudios de geografía rural mereció también sendos trabajos en la reunión de Leicester; el elaborado del lado español, por el profesor Bartolomé Valle Buenestado, cumple sobradamente con los objetivos de la reunión, y su consulta resultará obligada en lo sucesivo por los especialistas de esta temática. Del lado británico, el difícil compromiso se salvó con un trabajo de Evans y Yarwood (Centro para la Investigación Rural de Worcester), acerca de la pervivencia de razas raras de ganado en las Islas Británicas.

La tercera de las ponencias de la reunión incluye una revisión sobre trabajos relacionados con la geografía de los recursos naturales, que se inicia con la contribución de Bowler (U. de Leicester) acerca de los efectos del *postproductivismo* en el sector agrario a través de una reducción de las producciones alimentarias (sistema de cupos), un incremento de la competencia en los mercados internacionales y una tendencia a proveer a la sociedad de “*bienes medioambientales*”. En esta misma línea de reflexión teórica, se ubica el trabajo de Mather (U. de Aberdeen), quien analiza el incremento de la superficie boscosa en Europa en lo que da en llamar la *transición forestal*, que conduce de la deforestación a la reforestación, debida a varios factores, entre los que indica la sustitución de la leña por otros combustibles y el progresivo abandono de la tierra agrícola.

Cierran esta ponencia las magníficas contribuciones de los profesores Leandro del Moral Ituarte sobre la valoración económica de los recursos de agua y su incidencia en la competitividad de los regadíos españoles, y de María Luisa Pérez Iglesias sobre la importancia que ha tenido la pesca en los estudios geográficos, apoyada en un excelente análisis bibliográfico.

El desarrollo de la cuarta ponencia, sobre investigación en Geografía del ocio rural, quedó encomendado por entero a geógrafos españoles. En particular, los interesantes trabajos que incluye esta publicación versan sobre el papel que tiene la caza como modalidad de recreación rural, elaborado por los profesores Antonio López Ontiveros y Alfonso Mulero Mendigorri, y sobre el protagonismo de la mujer en el turismo rural, con ejemplos referidos a Galicia y Cataluña, realizado por la profesora Gemma Cánoves.

La vertiente social de los espacios rurales ocupó, por entero, una quinta ponencia, que incluye dos contribuciones británicas: la migración rural de la juventud en Irlanda, en la comunicación de Ní Laoire (U. de Liverpool) y la composición de las clases sociales en las zonas rurales inglesas, por Keith Hoggart (King’s College, Londres). En la primera, la autora estudia la población juvenil del norte de Cork como el sujeto de una dialéctica entre control social y resistencia (descontento juvenil, emigración), considerando esta última como “*estrategia de supervivencia*”. Por su parte, K. Hoggart estudia los censos británicos de 1971, 1981 y 1991 para demostrar que, pese a la creencia generalizada, las zonas rurales inglesas no se componen de una creciente población “*de servicios*”, si no que tienen una composición similar a la del resto del país. La idea de que el campo inglés es el territorio de una “*emergente clase media*” es sólo cierta en parte del sureste inglés, vinculado a la urbanización del campo por pobladores del Gran Londres, pero no es extrapolable al resto de la nación.

El desarrollo rural también es abordado en el bloque de comunicaciones que componen la última de las ponencias. Así, M. Moseley (Cheltenham & Gloucester College) analiza el programa Leader y sus efectos en el desarrollo rural británico. El autor es escéptico con los resultados prácticos del programa en el Reino Unido y aporta para ello algunos datos: de los 231 grupos de acción local beneficiados por el LEADER I (1992-1994) en toda Europa, 52 pertenecían a España y sólo 13 al Reino Unido, a lo que hay que sumar el escaso grado de innovación de muchos proyectos y las complejas trabas administrativas exigidas. Aunque el programa LEADER II (1995-1999) nació para superar estas deficiencias, está por demostrar que logre el objetivo propuesto.

Resultados muy próximos a los británicos se obtienen de la magnífica síntesis que presentan los profesores Javier P. Esparcia y Joan Noguera sobre el programa LEADER I y el desarrollo rural en España, advirtiendo la existencia de una serie de puntos críticos que han restado eficacia a estas ayudas como son el exceso de intervenciones puntuales, carentes de enfoques globales; escasa implicación de las administraciones públicas y de la iniciativa privada en el aprovechamiento de los efectos multiplicadores que cabría esperar de las inversiones realizadas.

Por otra parte, en la misma ponencia se incluyen dos comunicaciones que abordan el análisis de casos concretos de desarrollo rural: la de John Naylon (U. de Keele) sobre Galicia, y la de Mike Tricker (U. Aston, Birmingham), sobre el desarrollo basado en iniciativas locales en el Reino Unido.

Respecto al primero, el autor analiza el caso gallego como una “*región periférica, rural y subdesarrollada*” que, sin embargo, comienza a experimentar cambios positivos en el medio rural, gracias a la P.A.C., y que se manifiestan en el auge de una horto-fruticultura intensiva y en otros sectores en crecimiento como la viticultura, silvicultura, turismo rural y patrimonial y en el establecimiento de pujantes agroindustrias. Por otro lado, M. Tricker revisa algunos intentos concretos de desarrollo rural emprendidos por la Comisión de Desarrollo Rural, la Comisión Rural, Naturaleza Inglesa y el Consejo Rural para el Patrimonio Natural de Gales y Escocia, concluyendo que, pese a la creencia generalizada, los resultados de las evaluaciones recientes indican que las ayudas a los desarrollos locales autopropulsados no deben buscar exclusivamente bajos costes a corto plazo, sino que el objetivo adecuado es lograr la eficiencia de las inversiones.

Buen libro, en definitiva, de un interesante *simposium* internacional, en el que los geógrafos españoles demostraron una preparación notable, así como unas líneas de investigación más cercanas a la realidad geográfica. En la obra se combinan aportaciones de gran interés con otras que habrían necesitado una reflexión previa y que, sin embargo, no empañan en modo alguno las virtudes de una publicación llamada a constituir una referencia obligada para futuros trabajos de Geografía Rural.

Antonio M. Rico Amorós  
Francisco J. Torres Alfosea

RODRÍGUEZ BRITO, W. (1996): *Agua y agricultura en Canarias*, Conserjería de Agricultura, Pesca y Alimentación. Centro de la Cultura Popular de Canaria, 236 pp.

El libro del doctor Rodríguez recopila una serie de artículos que publicó en la prensa canaria entre 1991 y 1995 (*El Día, Jornada, La Gaceta de Canarias, Diario de las Palmas*) sobre la situación de la agricultura y la explotación de los recursos hídricos en esta comunidad autónoma y cuya recopilación dio lugar a esta obra, tal y como corrobora la consulta de la bibliografía que adjunta. Origen primigenio que se observa en la redacción siendo frecuentes referencias a hechos coyunturales como puede ser la construcción de una autopista en el valle de la Orotava o la inclusión de exclamaciones e interjecciones, como, por ejemplo, *¡La modernidad y el espíritu de Maastrich!, «chocolate del mono»*. Temática citada que se estructura en dos apartados, que se subdividen a su vez en 9 y 15 capítulos respectivamente.

Rodríguez Brito en el análisis del primer bloque temático citado concede especial relevancia al incremento de las demandas y a las consecuencias que de esta tendencia se han derivado, a saber, proliferación de galerías que van aumentando de manera notable la extensión de su red, la inutilización de numerosas canalizaciones debido al descenso de los niveles piezométricos, con la consiguiente, pérdida de rentabilidad y de calidad de los caudales. Agotamiento de estas canalizaciones que se ha suplido con la proliferación de pozos, sobre todo tras la difusión de los motores de explosión y, especialmente, en las últimas cuatro décadas. Proceso que, en palabras de su autor, no ha hecho más que

agravar la situación anterior ya que los problemas descritos para éstas no se han solucionado, sino que se han repetido.

Una vez descrita la evolución y situación actual de este recurso en el archipiélago canario, aboga por la adopción de una serie de disposiciones que permitan hacer frente a la penuria actual, agravada en ocasiones como consecuencia de una inadecuada gestión o la obsolescencia de las redes de distribución. Entre éstas menciona una mayor racionalidad en el uso del agua evitando situaciones de competencia desleal entre actividades económicas y, concretamente, entre la agricultura y el turismo; la mejora de los sistemas de riego (sustitución del sistema de riego tradicional, que supone el 60% del total, por sistemas de ahorro de agua); la reducción de las pérdidas que se producen en la red de distribución, que se cifran en torno a un 25% de media, aunque no son extrañas pérdidas del 50% como en el Puerto de la Cruz.

Atención prioritaria asigna, por último, a la adopción de medidas que permitan aumentar los recursos disponibles. Mencionando, por un lado, la necesidad de una mayor regulación, pues numerosos barrancos vierten los caudales excedentarios al mar en época invernal y, por otro, la difusión de técnicas que permitan la reutilización de caudales depurados y el empleo de nuevas tecnologías entre las que destaca la desalación.

En el segundo bloque temático, tomando como punto de partida las transformaciones que se han producido desde finales de los años cincuenta en el agro canario (éxodo rural, mecanización, difusión de nuevas actividades económicas, etc.), al igual que en gran parte del campo español, describe las repercusiones que estos cambios han tenido en los tres grandes conjuntos de paisajes agrarios en los que subdivide al archipiélago: los paisajes agrarios de los medios áridos (Lanzarote, Fuerteventura y el Sur de Tenerife), los de medios subhúmedos (policultivo de secano, paisaje de las medianías) y los de las franjas litorales (cultivos tradicionales de exportación y los innovadores). Sobresaliendo entre éstas la reducción de la superficie cultivada, pues se han dejado de arar el 60% de las tierras labradas en 1950; sustitución de variedades tradicionales y el envejecimiento de los activos, etc.

Análisis del agro canario que, el autor, resume en un adjetivo: atonía. Situación que relaciona con una serie de obstáculos entre los que destacan la baja rentabilidad de los cultivos tradicionales, la carencia de asesoramiento técnico y de investigación, el encarecimiento de semillas, la falta de una red de comercialización ágil y económica, las escasas inversiones que se realizan en el sector y la competencia que las actividades turísticas realizan sobre los recursos hídricos disponibles. Proponiendo una serie de alternativas que permitan superar esta tendencia. Entre éstas destacan el crear y favorecer las denominaciones de origen, fomentar las asociaciones agrarias y los canales de comercialización, favorecer la incorporación de jóvenes o mejorar las infraestructuras rurales mediante la concentración parcelaria o la creación de bancos de tierras.

Denunciando, por último, que este proceso se ha traducido en la destrucción de los paisajes agrarios tradicionales, fruto muchos de ellos de la interacción hombre-medio y que permitieron la puesta en cultivo de espacios poco aptos para la práctica agrícola como son áreas con menos de 200 milímetros de precipitación al año gracias al empleo del *jable* (arena de origen volcánico que retiene la humedad) y a la rotación de cultivos, sin crear graves problemas ambientales como los que han generado los paisajes fruto de la «Revolución Verde» (contaminación de suelos y acuíferos, pérdida de suelos, etc.).

Paisajes cuya conservación esgrime desde varios puntos de vista, pues si bien carecen de valor desde una óptica meramente productivista, sus beneficios son innegables desde el punto de vista de la conservación del medio ambiente al asegurar la biodiversidad de estos

espacios y frenar los procesos erosivos, pero también como elemento de equilibrio social, además de contribuir a la diversificación de las actividades turísticas.

Relevante resulta, asimismo, la crítica que el autor realiza a lo largo de las páginas que constituyen esta obra y que engloba diferentes aspectos y organismos. En esta línea, denuncia la falta de planificación de la administración, que invierte en construir playas artificiales o en la celebración de los carnavales cuyos presupuestos superan a las inversiones en obras hidráulicas en la isla de Tenerife, pero no en la renovación de antiguas infraestructuras hídricas o la instalación y mantenimiento de nuevas tecnologías que amplíen la oferta de recursos disponibles. Poniendo de manifiesto, a su vez, que las depuradoras se encuentran «en estado lamentable, sin el necesario mantenimiento con una infraestructura obsoleta y terciarista» o que «la construcción de desaladoras son postergadas ante la falta de compromiso y voluntad del gobierno central o a la falta de coordinación entre las diferentes administraciones».

Censurando también que las inversiones se llevan a cabo pensando más en las repercusiones políticas futuras que éstas tendrán que en la realidad del medio social donde se ponen en práctica, lo que indudablemente conduce a su fracaso. Siendo paradigmática la isla de la Gomera, que califica como «situación anómala», «país de Jauja» pues en ella las inversiones se realizan sin tener en cuenta las prioridades sociales, por lo que no se han creado las condiciones para el desarrollo endógeno, de ahí que aunque sea la isla más beneficiada por la llegada de capitales continúe perdiendo población.

Actuaciones que son un ejemplo de inversiones inadecuadas, pero también del propio desinterés de la sociedad canaria por la problemática que afecta a los medios rurales y a los recursos hídricos. Así Rodríguez Brito la acusa de carecer de una mentalidad de ahorro del líquido elemento, pero también de estar desprovista de sensibilidad agrícola, lo que ha favorecido la falta de interés por la cultura popular, que es despreciada al considerarla «atrasada», «de pueblos pobres» lo que ha conducido a la pérdida de identidad de un pueblo. Situación que el autor considera intolerable ya que supone «la hipoteca de nuestros recursos: agua y suelo». Reivindicando la necesidad de recuperar el patrimonio material y cultural mediante la construcción de museos que acojan esta riqueza. Necesidad palpable en el caso del Valle de Güímar, donde los atterrazamientos (en la isla conocidos como «*molleros*» o «*majanos*»), se están desmoronando, ante la falta de atención cuando en realidad son verdaderas «catedrales» pues muestran los esfuerzos que los agricultores para adaptarse a un medio hostil.

La obra de Rodríguez Brito lleva a cabo un análisis de las principales transformaciones que se han producido en el agro canario como consecuencia de las mutaciones que desde los años sesenta se han producido en la sociedad canaria, en un medio árido donde muchas de éstas han sido posible gracias a la intensificación de las extracciones de recursos hídricos, pero va más allá pues realiza una serie de propuestas cuya adopción resolvería parte de los problemas que afectan al archipiélago, pero también de la necesidad de concienciar a gobernantes y a la población en general de las prioridades de este espacio, paso previo para la puesta en práctica de planificación adaptada al medio social afectado.

*María Hernández Hernández*

MONTÓN CHIVA, E. y QUEREDA SALA, J. (1997): *¿Hacia un cambio climático? La evolución del clima mediterráneo desde el siglo XIX*. Fundación Dávalos-Flecher, Castellón, 520 pp.

MARTÍN-VIDE, J. (Ed.) (1997): *Avances en climatología histórica en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 223 pp.

La manipulación interesada que caracteriza la actual difusión de la hipótesis (algunos han olvidado que se trata de una hipótesis de trabajo) del cambio climático por efecto invernadero, está ocultando la realidad de reflexiones serias sobre las alteraciones ocurridas en el sistema climático en las últimas centurias realizadas por geógrafos españoles cuya seriedad intelectual e independencia investigadora están por encima de toda duda. En efecto, los climatólogos españoles empiezan a ofrecer el fruto de trabajos bien concebidos, con hipótesis bien planteadas y métodos de trabajo que no desconocen la necesidad de tratamiento estadístico de las series manejadas con programas informáticos adecuados. Como en otras ramas de la disciplina geográfica, también en climatología la actividad investigadora de autores españoles, plasmada en la edición de excelentes trabajos, ha hecho olvidar el tiempo de la anterior dependencia conceptual y metodológica del exterior. Ha pasado el tiempo de amilanarse ante los trabajos realizados con gran disposición de medios allende nuestras fronteras. Sirva como muestra de la valía de la climatología española el infatigable dinamismo del joven grupo de trabajo creado en la Asociación de Geógrafos Españoles con la organización de reuniones anuales sobre aspectos varios de la disciplina climática que ha recogido el testigo de los incuestionables cimientos fraguados por los grandes maestros españoles de la geografía de los tiempos y climas de décadas anteriores.

La publicación de obras, como las que nos ocupan, consagradas al estudio de aspectos diversos de lo que se ha dado en llamar la variabilidad del clima está permitiendo poner en su justa medida el exacerbado debate del cambio climático al que ha conducido su difusión por profesionales arribistas —no climatólogos— con muy escasos conocimientos de circulación atmosférica general. Es hora de abandonar el teatro de sombras de la caverna platónica y, con la linterna de Diógenes, ofrecer luz, en forma de estudios bien documentados, que aminoren el dogmatismo en que ha acabado convirtiéndose la exposición al gran público de la hipótesis del cambio climático.

Varios colectivos, —y es hora ya de poner a cada uno en su sitio—, son los verdaderos responsables de la pésima difusión de la hipótesis del cambio climático: En lugar destacado, científicos que, desde disciplinas ajenas a la meteorología y climatología (economistas, juristas, sociólogos) se han permitido el lujo de adoctrinar sobre las cuestiones del cambio climático. En los últimos meses las librerías se han visto asaltadas por libros que, dedicados a analizar la legislación medioambiental, las bases de la economía sostenible o las sociedades del cambio global, incluyen juicios de valor sobre el cambio climático en el que, según sus autores, estaríamos ya inmersos siguiendo las consignas de organismos internacionales o laboratorios de investigación que hacen el caldo gordo a aquéllos. Con ser grave esta intromisión de algunos científicos —yo me atrevería a añadir el prefijo-calificativo «pseudo», puesto que intentan adoctrinar sobre lo que no saben— en una cuestión de investigación que es propia de estudiosos del tiempo y clima, los más activos manipuladores de la difusión del cambio climático son ciertos ecologistas, de ecologismo mal entendido, que han encontrado en el cambio climático un banderín de enganche para actualizar sus discursos y proporcionarse nuevos recursos económicos con la afiliación de ciudadanos manipulados, mal informados de la realidad geográfica. Sin unos mínimos conocimientos de circulación atmosférica general y de distribución de climas en el planeta nos relatan todo tipo de catástrofes a las que la humanidad no escapará en un futuro

próximo. ¡Cuanto daño ha hecho este discurso a la ciencia en general y a la ciencia climática en particular!, y lo peor es que este dogmatismo verde ha conseguido, con los métodos del telepredicador, cautivar las conciencias de buena legión de personas sensibles a las cuestiones ambientales. Por su parte, un buen número de periodistas, amantes del rótulo llamativo y fácil, seguidores de la consigna «*no dejes que la realidad estropee un titular impactante*», han bombardeado de forma sistemática a la sociedad, desde sus medios de comunicación, con informaciones de escasa base científica. Y lo que es peor, han alzaprimado lo espectacular de sus informaciones sobre la necesidad deontológica de ofrecer noticias veraces y bien fundadas sobre cuestiones que desconocen. Por último, la Administración «medioambiental» se ha entregado también a los mensajes sugerentes de allende nuestras fronteras primando los estudios de cambio climático sobre otras cuestiones climáticas de mayor repercusión para nuestra sociedad, como los riesgos climáticos. Incluso justifican éstos como consecuencia de aquél ocultando, con intención, la puesta en práctica de medidas de ordenación territorial que mitiguen las acciones incorrectas hechas por el hombre con olvido de la realidad de su espacio geográfico.

En este panorama sorprende gratamente la publicación de obras sólidas, como las de los profesores Montón, Quereda, y el grupo de climatología de Barcelona; trabajos responsables, de verdaderos climatólogos, sin ataduras ni opiniones preconcebidas.

La obra de Montón y Quereda, editada sobre la base de la espléndida tesis doctoral del primero, se organiza en 5 amplios capítulos que tratan respectivamente: del escenario general de las variaciones climáticas (cap. I) donde se hace repaso de las alteraciones climáticas históricas; la evolución de las temperaturas y precipitaciones en la cuenca del Mediterráneo (caps. II y III) que recoge los resultados del tratamiento estadístico aplicado a las series históricas de temperaturas medias y precipitaciones anuales de una variada gama de observatorios de la cuenca del Mediterráneo; los factores posibles del cambio climático (cap. IV) con distinción precisa de lo que se denominan factores naturales (actividad solar y volcánica) y «antrópicos» (emisión de gases de efecto invernadero y alteraciones del albedo por deforestación); y, a modo de síntesis de los aspectos más relevantes analizados, un capítulo de conclusiones que incorpora acertadas opiniones personales a la vista de los resultados alcanzados. Hay que resaltar el enorme mérito que supone la recopilación de datos de estaciones meteorológicas de ubicación variada en la cuenca del Mediterráneo Occidental, sobre todo de las norteafricanas. La obra, por lo demás, tiene algunas consideraciones puestas de manifiesto por los autores dignas de mención: a) la falta de series climáticas largas en el espacio geográfico de análisis que permitan su empleo en los llamados «modelos de cambio climático». b) la comprobación empírica del incremento térmico registrado desde 1870 en el conjunto de observatorios de la cuenca occidental del Mediterráneo (0,7 °C). c) la puesta en entredicho de la relación, tenida por dogma, entre el aumento de gases de efecto invernadero y aumento térmico del planeta. d) la alteración de las series meteorológicas —sobre todo las térmicas— por el «efecto urbano» de los observatorios. e) la apuesta por las alteraciones en la energía solar como factor último del incremento de temperaturas experimentado en el sistema climático en los últimos cien años. f) la relación estrecha entre grandes erupciones volcánicas y fases de enfriamiento térmico en las temperaturas planetarias.

Tan sólo un cariñoso reproche: la falta de índice general de la obra que oriente al lector sobre el contenido de los diversos capítulos. Aunque bien visto esta ausencia puede ser un acierto al evitar que el lector avisado seleccione, de antemano, la páginas o capítulos a escudriñar, privándose del interesante cúmulo de información que ofrece la obra en su conjunto.

El trabajo coordinado por Martín Vide no es directamente un estudio del cambio

climático si bien hay que recordar que de los dos ejes que vertebran las investigaciones sobre el cambio climático, modelización y estudio de los climas del pasado, este último es el que está proporcionando resultados más tangibles y en el que los geógrafos podemos participar sin ambages. La obra recoge un conjunto de trabajos elaborados en el marco de sendos proyectos (europeo y nacional) de investigación en clima histórico que lleva a cabo el brillante grupo de climatología de la Universidad de Barcelona y que tienen su precedente en la espléndida indagación llevada a cabo en su tesis doctoral por el Dr. Mariano Barriandos que, lamentablemente no ha podido ver la luz en su totalidad. Paradojas de la práctica editorial de nuestro país que es capaz de publicar soflamas de autores extranjeros de dudosa calidad y olvida estudios serios como éste. A lo largo de 223 páginas se analizan diversos aspectos de la climatología histórica de los que destacaría, por propia querencia, el capítulo de Martín Vide y Barriandos dedicado al análisis de los riesgos meteorológicos en Barcelona a través de los registros históricos, entre los siglos XIV y XIX; el estudio de Barriandos, Gómez y Peña consagrado a la presentación de las series meteorológicas instrumentales antiguas de Madrid y Barcelona, tras la exhaustiva labor de indagación en equipo realizada en los archivos de diversos organismos (Academias de Medicina, Archivos Municipales) de ambas localidades; el trabajo de Barriandos y Gómez donde se estudia la incidencia de la actividad volcánica en las temperaturas medias mensuales de Barcelona (ss. XVIII-XIX) comprobándose, como destacan también Montón y Quereda en su trabajo, la aparición de anomalías térmicas negativas en los años postreros a una gran erupción volcánica; y la investigación de Raso sobre la evolución reciente de las temperaturas medias anuales en España, que ofrece, tras metucioso análisis estadístico, el resultado de la tendencia al calentamiento de las series térmicas de diversos observatorios desde 1870 a 1990, con dos períodos de máxima intensidad (primeros años del s. XX hasta finales del decenio de los años cuarenta e intervalo 1975-1990).

No se puede dejar de citar, porque en esta cuestión el grupo de climatología de Barcelona está, hoy día, a la cabeza de las investigaciones realizadas en España, la preocupación por el tratamiento estadístico riguroso de los registros y series climáticas plasmada en el estudio realizado por Martín Vide sobre la distribución de Poisson como test de homogeneidad para la información no instrumental sobre inundaciones en España o el trabajo conjunto preparado por Martín Vide, Lidia Gómez, Juan Carlos Peña y Mariano Barriandos, sobre la aplicación de las cadenas de Markov a las secuencias de días lluviosos de Barcelona entre 1780-1860 y 1951-90.

Se ha tenido además la virtud de preparar una edición bilingüe (español-inglés). —¡Que se empiece a valorar la calidad de las investigaciones climáticas españolas por el mundo—! Un nuevo acierto de la editorial Oikos-Tau a la que tanto debe la geografía española.

En síntesis, obras documentadísimas, continuadoras de la tradición de investigaciones llevadas a cabo en España sobre cambio climático (vid. trabajos presentados a la I Reunión del grupo de climatología de la A.G.E., La Rábida, 1994), y brillantes por lo innovador de sus resultados. De lectura obligada para todo geógrafo de los tiempos y climas, y sobre todo para boquirrotos del «camelo ambiente» («fundamentalistas» verdes, periodistas exaltados, científicos sin nociones de climatología) que pueden encontrar en ellas razón para poner fin a sus dogmatismo al quedar de manifiesto en ellas las serias dudas que, tras el estudio de datos analíticos concretos, persisten en las investigaciones de alteraciones climáticas y el largo camino que aún queda por recorrer.

En el estudio y difusión del cambio climático sobran sablistas y charlatanes por boca de ganso y son necesarias indagaciones de alto valor como las que nos ofrecen, desde la geografía, los investigadores de los grupos de climatología de Barcelona y Castellón, avanzadilla de la erudición climática de nuestro país.